

los stalinianos, sobre todo, sobre el valor de un Ejército Rojo decapitado, sobre la capacidad de una industria cuyos dirigentes eran fusilados unos tras otros como saboteadores. Los "hombres de la izquierda" —de los que Herriot es el prototipo— decían a estos vacilantes: ¡Vamos! ¿Qué queréis ahora? ¿No estáis satisfechos de ver a nuestros comunistas tan amables y dóciles, buenos demócratas y buenos franceses? Hacen algo más que prometer. No sólo renuncian por su propio grado a su programa comunista, a toda acción y propaganda revolucionaria, sino que persiguen a los obreros que quieren permanecer fieles al comunismo, los denuncian sin cesar como divisionistas de la clase obrera, como "trotskystas", como traidores pagados por Hitler: los excluyen de sus organizaciones, aislandolos así de sus camaradas, obreros. ¿Cuando encontraréis mejores perros de guarda para defenderos? ¿Queréis obligarlos a pesar de todo y de ellos mismos, a proseguir con su programa comunista de ayer, su "Internacional" y su bandera roja, y que en lugar de gritar con nosotros. "Viva el Ejército!" y de votar con nosotros todos los créditos militares, los dos años de cuartel, recuperen su antiguo vocabulario y que traten a los oficiales del ejército francés de "gueules de vache"?

A los demócratas burgueses se unieron, para sostener el mismo lenguaje, hombres de derecha, ultra-reaccionarios y nacionalistas: Emille Buré, director de un diario, L'Ordre, Henry de Kerillis, director de L'Epoque transformados súbitamente, de enemigos jurados del comunismo, en stalinizantes cien por ciento: así como demócratas

cristianos, que también disponían de un periódico diario, L'Aube, que se convirtieron en simpatizantes stalinistas el día en que Hitler atacó a la Iglesia Católica.

Con esta rápida ojeada se ve que las posiciones stalinianas en Francia eran muy fuertes en ese mes decisivo de agosto de 1939. De hecho, los stalinistas eran los amos del momento. Al fin y al cabo era su política. —decían ellos— la que triunfaba. Ya se apoderaban del puesto de fiscales, al denunciar, cada mañana, en l'Humanité, a los tibios y los cobardes, para los que pedían la prisión o la guillotina.

En un instante, todo cambió. Esas posiciones tan fuertes se desmoronaron de un golpe, el martes 22 de agosto, cuando los periódicos franceses llevaron a todas partes la noticia de la celebración de un pacto stalinazi. Stalin los anonadó brutalmente con su alianza con el hombre denunciado por él mismo y por los stalinistas de todos los países, durante meses y años, como el peor enemigo de la democracia y de la Unión Soviética.

La cosa era tan inconcebible que, por el momento, nadie quiso creer en ella. El anuncio de la celebración del pacto llegó a París el lunes 21, en la noche, en forma de comunicado oficial alemán de la D. N. B. En las salas de redacción, los periodistas estupefactos se interrogaban; vacilaban en publicar el mensaje, transmitido por la oficiosa agencia Havas, creyendo que se trataba de una falsa noticia. Eran las 11.30; toda encuesta para verificar era difícil. Sin embargo, trataron de obtener un mentís o una confirmación telefoneando a las

(\*).—Expresión que califica la brutalidad y maldad de los oficiales.